

Crisis de la razón económica¹

ANDRÉS M. OSSWALD



En el largo plazo todos estaremos muertos

J.M. KEYNES

También me genera curiosidad la cuestión de si hay una ley matemática fundamental que subyazca a las relaciones sociales humanas, que gobierne el balance de quién y qué nos importa. Apuesto a que la hay.²

M. ZUCKERBERG

La economía arraigada en el mundo de la vida busca garantizar la supervivencia futura. Es, ante todo, el cálculo que regula el consumo doméstico. Para ello, debe, en primer lugar, cuantificar las existencias de alimentos, combustibles o materiales básicos de construcción para, luego, elaborar las proyecciones que vuelvan previsible el horizonte por venir. Husserl observó este mismo fenómeno en el origen de la geometría. La agrimensura se propuso medir las variaciones estacionales en el régimen de crecida de los ríos y ello por una razón vital: sin cuantificación del espacio no hay previsión y sin previsión podría faltar el alimento.

La relación entre el presente y el futuro es esencial al pensamiento económico. Por una parte, el presente determina el futuro en tanto el cálculo sobre la disponibilidad futura se hace tomando como base las existencias presentes y el comportamiento de la relación producción-consumo en el pasado. Así, el futuro de la economía es, por principio, una proyección del presente. Por otra parte, el consumo, que siempre es presente, se racionaliza atendiendo a la disponibilidad de su objeto en el futuro. Ahora bien, en el presente no sólo se destruyen vía consumo las existen-

¹ Este texto fue seleccionado para su publicación en el “Primer Certamen de Ensayo Filosófico” organizado por el Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a finales de 2015 y principios de 2016.

² En conversación abierta el 1.7.2015 y como respuesta a una intervención de Stephen Hawking.

cias, sino que también se persigue generar las condiciones de su disponibilidad en el futuro. De manera que parte de los recursos presentes deben desviarse de su usufructo inmediato para garantizar su producción futura -i.e. el agua no sólo es para beber sino para regar los campos, etc.-.

Esta forma mediata de consumo se llama inversión y en las sociedades más complejas, ya dinerizadas, la necesidad de su administración contribuye a la formación del sistema financiero. Financiero es un mercado donde el objeto que se transa es un bien simbólico que *mutatis mutandi* siempre es el dinero. El dinero, como se sabe, no sólo cuantifica el valor de un bien, sino que facilita su intercambio ilimitado mediante la asignación de un valor monetario, un precio. Como se trata de una entidad ideal el dinero no está sujeto al deterioro físico y, por esa razón, permitiría en condiciones ideales conservar infinitamente el valor de los objetos materiales que representa. Locke escribe:

Fue así como se introdujo el uso del dinero, una cosa durable que los hombres podían conservar sin que se echara a perder y que, por consentimiento mutuo, estarían dispuestos a intercambiar por [bienes] verdaderamente útiles para el sustento, aunque perecederos.³

El excedente de producción dinerizado o ahorro, por su parte, puede invertirse y aumentar con ello las existencias futuras vía incremento de la producción. A través de la facilitación del vínculo entre los agentes productores y el ahorro, el sistema financiero contribuye a proteger la vida. Sin embargo, y dado que la tarea de salvaguarda de las condiciones futuras de vida es una tarea infinita, el aumento de la producción siempre es insuficiente. El pensamiento económico, de manera concomitante, debe extender su previsión infinitamente. En este punto, la ciencia económica puede contarse como un capítulo más dentro del proceso general de matematización que caracteriza, según Husserl, a la ciencia moderna. En ese proceso, se pueden reconocer dos fenómenos convergentes: (i) la concepción de un universo infinito y de carácter racional que reemplaza la cosmovisión griega

³ Locke, John, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, trad. Claudio Amor y Pablo Stafforini, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005, 67.

de un mundo cerrado finitamente *a priori* y (ii) la redefinición de las cualidades de los objetos en términos cuantitativos.

Respecto a lo primero (i), Husserl observa que la reforma de la ciencia comienza con los cambios operados por el pensamiento moderno en la geometría euclidiana y en la matemática griega y, desde allí, se extiende a las ciencias naturales.⁴ En términos generales se trata, por un lado, de una transpolación del espacio ideal infinito de la geometría al mundo fáctico y, por otra, de la extensión de la capacidad de cálculo de la matemática formalizada a los entes sensibles. El universo infinito resultante es homogéneo, como el espacio geométrico euclidiano, y por ello, los resultados obtenidos por la nueva ciencia natural en una parcela finita del mundo tienen alcance infinito. Esto es, por medio de la matematización de la naturaleza, la ciencia vuelve posible la extensión infinita de la previsión.⁵

En segundo lugar (ii), la medición que en el mundo de la vida permite cuantificar las cualidades de los objetos en el contexto de la práctica cotidiana -por ejemplo, determinar el largo de las tablas para fabricar una mesa- adquiere un valor nuevo cuando deja de subordinarse al interés práctico y pasa a depender de la teoría. En efecto, una característica propia del interés teórico es la exigencia de exactitud, muchas veces irrelevante en la práctica: basta que las tablas y las patas guarden entre sí cierta relación para que la mesa se mantenga en pie, i.e. no es importante que la tabla sea un rectángulo perfecto, etc. Tenemos, por una parte, que no existen en la naturaleza figuras perfectas o mediciones exactas y, por otra, que la teoría exige justamente exactitud y perfección. La ciencia moderna enfrenta esta incompatibilidad entre las cosas y la teoría, volviendo a las cosas, teoría. La cualidad sensible, inexacta por principio, se transforma en expresión fenoménica de una cantidad física. La figura de los cuerpos es reemplazada por las formas límites heredadas de la geometría. La ventaja de este procedimiento reside en que, dado que la cantidad puede ser matematizada, la ciencia puede contar con resultados exactos e interpolables a situaciones futuras. Sintetizando lo expuesto, dice Husserl:

⁴ Husserl, Edmund, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Trad. Julia Iribarne, Buenos Aires, Prometeo, p. 18.

⁵ *Ibid.*, p. 48.

La concepción de esta idea de una totalidad de ser infinito racional, con una ciencia racional que sistemáticamente lo domina, es lo nuevo inaudito. Un mundo infinito, aquí un mundo de idealidades, es concebido de tal modo que sus objetos se vuelven accesibles a nuestro conocimiento, no uno por uno, imperfectamente y como por casualidad, sino que un método sistemáticamente unitario, racional (en progreso infinito), finalmente alcanza cada objeto según su pleno ser-en-sí.⁶

La ciencia moderna opera así una inversión en el orden de las condiciones al anteponer la cantidad a la cualidad y la idealidad al ser fáctico. El mundo de la ciencia queda desvinculado del mundo del hacer práctico que es, en definitiva, su origen y fuente de sentido. Tarde o temprano, la ciencia, creación humana por excelencia, deshumaniza.

A la economía le cabe el análisis en general pero también es un caso especial pues ostenta hoy la condición de intérprete privilegiado de la realidad. Esto es, se propone como fundamento del mundo y, por ello, se erige como metadiscurso. Así, el sentido mismo deberá subordinarse al cálculo económico: ¿Para qué sirven el arte, la cultura o el pensamiento crítico? ¿qué beneficio dinerizable producen? La economía como metafísica no fue ni es el resultado de la decisión de un hombre o de un grupo de hombres sino un fenómeno sostenido por un acuerdo intersubjetivo tácito. De aquí que pasar por las armas a los Romanov de las finanzas no podrá resolver, cuanto menos de manera definitiva, el problema de la desigualdad. En otras palabras, el pensamiento económico forma parte del sentido común de igual manera que la creencia que sostiene que el escritorio en que escribo está en verdad compuesto de vacío o que la luz que ilumina el estudio es, a la vez, una onda y un corpúsculo. Y, aunque toda inversión en el orden de fundamentación alberga un peligro, la razón económica que se encumbra como disciplina fundamental no sólo ha olvidado su enraizamiento en el mundo de la vida sino que la forma que adopta en su desarrollo compromete sin más la existencia futura del hombre. Aquí reside su crisis.

La consecuencia ineludible a la que conduce la abstracción progresiva de la teoría económica consiste en volver abstracto su obje-

⁶ *Ibid.*, p. 19.

to. Así, se convierte en tema de cálculo y previsión no ya la necesidad fáctica de alimento y cobijo sino objetos ideales que se fundan, en última instancia, en el dinero. La abstracción del objeto, por su parte, se conjuga con el muy concreto afán de lucro que, por tanto, deviene afán de dinero. El devenir abstracto del objeto económico hace posible, a su vez, la ilusión del aumento infinito del lucro. Pues, resulta evidente que la mera acumulación de bienes materiales está intrínsecamente limitada: no sólo porque están sometidos al deterioro sino también porque su existencia fáctica es finita. El concepto de dinero, por el contrario, no establece un límite en su cantidad o, expresado positivamente, es ilimitado como cualquier entidad ideal respecto a la cantidad -puedo imaginar un círculo infinito o una belleza perfecta. Sin embargo, en términos reales, su cantidad es limitada y celosamente regulada por las entidades emisoras. ¿Cómo conciliar, entonces, el afán infinito de lucro con el bloqueo artificial a la cantidad de dinero? La respuesta obvia es crear nuevas entidades ideales que, en última instancia, sean convertibles a dinero pero que, a diferencia de él, no estén limitadas, por principio, en su cantidad. La tarea de creación de nuevas objetividades ideales corresponde, naturalmente, al sector financiero. La creciente financiarización de la economía, por tanto, es una consecuencia directa de la convergencia en el cálculo económico de la abstracción con el afán infinito de lucro.

Por ello, sobre el objeto ideal dinero se montan idealidades de segundo nivel y de naturaleza puramente financiera que no pretenden, como el dinero, representar una entidad real.⁷ Una nota esencial de estas nuevas entidades es que deben permitir incrementar el capital al ofrecer una tasa de rentabilidad mayor a la del dinero, cuyo valor, según la concepción clásica, debe ser lo más estable posible. Tal rentabilidad se calcula sobre la base de la relación entre el

⁷ Con todo, y dado que el dinero además de un representante es un bien en sí mismo, su valor no se agota en su rol mediador o en su referencia a entes reales, sino que posee un valor que expresa -idealmente- las relaciones de oferta y demanda respecto al resto de los bienes. En consecuencia, el dinero tiene también un precio. Ahora bien, para establecer el precio del dinero no se puede recurrir a la moneda cuyo valor monetario se busca determinar -resulta patente que una moneda no puede cuantificar su propio valor en la misma medida que es inútil cuantificar el valor de las manzanas en manzanas-. Esto es, la cuantificación monetaria implica la duplicidad entre el bien cuyo valor se intenta determinar y el bien que se usa para determinar ese valor y dado que el dinero es el bien que permite establecer precios, las monedas reciben su precio de otras monedas.

estado de cosas presente y lo que se espera que suceda en el futuro. De manera que el valor de un instrumento financiero, por caso, las acciones de una empresa, tiende a subir en el presente si se espera que en el futuro la entidad emisora también crezca, por ejemplo, por aumento de las ventas. De esto se sigue que la decisión de invertir depende directamente de la expectativa de lo que ocurra en el futuro. Ahora bien, dado que no está aquí en juego la supervivencia, que podría limitar la inversión a la necesidad efectiva de consumo futuro, sino el afán de lucro, es preciso que el crecimiento esperado sea infinito. En otras palabras, la dinámica económica capitalista exige que existan en el presente razones para creer que en el futuro el tamaño de la economía crecerá pues sólo así la inversión resulta rentable. Y dado que sin inversión no hay crecimiento, la creencia en el crecimiento -i.e. la “confianza” - produce crecimiento. Lo mismo vale, naturalmente, en dirección contraria: la falta de confianza redundará en decrecimiento.

Los objetos financieros, a su vez, se distinguen en virtud de su grado de abstracción. Así, es posible reconocer una primera dimensión de idealidades que comprende instrumentos como acciones, que representa las propiedades sobre una empresa (i.e. una entidad ideal que, sin embargo, refiere a entes reales como edificios o productos) o bonos soberanos, que encierran el compromiso de intercambio por dinero en el futuro (i.e. son títulos de deuda). Tales instrumentos, con todo, tienen una incidencia directa sobre la así llamada economía real porque, de un modo u otro, inyectan capital en el proceso productivo. Correlativamente, su valor se determina también en función de eventos reales: una sequía prolongada reducirá el valor de la acción de la empresa que produce granos, por ejemplo. Sobre estos objetos, a su vez, se desarrollan nuevas idealidades cuyo valor se establece en virtud de las fluctuaciones del valor de las objetividades financieras de primer nivel, procedimiento que, desde ya, puede reiterarse infinitamente. Estos instrumentos, llamados “derivados”, son abstracciones que remiten a abstracciones pero que, sin embargo, afectan a la economía real. Veamos un caso.

Los mercados de futuros fueron creados para ofrecer certidumbre respecto al precio de ciertos activos en el largo plazo. El objetivo que perseguía este mercado en su origen era proteger a los agentes económicos, compradores o vendedores, de las fluctuaciones de los

precios y, con ello, otorgar previsibilidad al comportamiento futuro de la economía. En este sentido, son una medida de protección contra la acción de los especuladores que, por ejemplo, podrían provocar alzas artificiales de los precios mediante la restricción en la oferta de un bien, el acopio de granos, por caso. Fijar el precio y la fecha de entrega de un bien en el presente disminuye, en teoría, la incidencia de la especulación. Sin embargo, la creciente desregulación de los mercados financieros y, en particular, de los mercados de futuros de *commodities* a partir del año 2000, desnaturalizó por completo el sentido por el que fueron creados. La desregulación, en los hechos, implicó un doble proceso. Por un lado, significó la indistinción entre los agentes económicos interesados en la adquisición de los bienes subyacentes (como empresas cerealeras o manufactureras) y entidades puramente financieras (como fondos de pensiones, de cobertura, grandes bancos o aseguradoras) que ingresaron en los mercados persiguiendo ganancias bajo la expectativa del aumento de los precios. Para ello, se elaboraron índices de materias primas -que expresan los valores actuales de los precios futuros de bienes como el petróleo, el oro o la soja- y se crearon fondos de inversión atados a esos valores. A su vez, como esos fondos de materias primas cotizaban en bolsa, fue posible para los pequeños inversionistas ingresar y salir fácilmente del mercado de materias primas. De esta manera, se aumentó exponencialmente el número de participantes en el mercado. Por otro lado, se eliminaron las restricciones en la cantidad de títulos que un operador podía concertar. Como resultado, el monto negociado en el mercado dejó de depender de la cantidad efectiva de materias primas para volverse por completo abstracto.⁸ Ahora bien, dado que la inversión financiera en estos instrumentos no busca hacerse de los bienes subyacentes, sino que es únicamente una apuesta al alza sostenida de los precios, cuando se cumplen los plazos estipulados en los contratos, los inversionistas abandonan esas posiciones para adquirir otras con vencimientos futuros. De todo esto resultó que el número de contratos financieros supere ampliamente no sólo las existencias subyacentes sino las necesidades efectivas de la economía real. Como consecuencia, una enorme masa de capital fue inyectada en los mercados de futuros

⁸ En Estados Unidos, por ejemplo, las transacciones a futuro en el mercado electrónico superan hasta 70 veces la cosecha total de trigo en ese país. Cfr. Schumann, Harald, *Especuladores del hambre*, Buenos Aires, Mardulce, 2014, p. 124.

que presionó, por exceso de demanda, los precios al alza. Y dado que el alza de los precios genera, a su vez, la expectativa de aumentos futuros, el capital invertido aumenta y con él, también los precios.⁹ Por lo demás, el aumento del precio de los alimentos no sólo muestra la contradicción inherente al pensamiento económico, sino que expone la inestabilidad esencial del sistema financiero -i.e. su sobredimensión¹⁰ genera burbujas especulativas recurrentes-. Cuando colapsan, nuevas idealidades son creadas y así se reproduce el proceso de generación irreal de riqueza.

Lucrar con el hambre es posible, en general, por las sucesivas mediaciones que intervienen en el proceso: apostar por números y siglas en la pantalla de los monitores no parece ser igual a privar de alimento a los hambrientos. El reemplazo del hombre por su representación simbólica cuantificada es quizás el resultado más apremiante de la imposición de la economía como metafísica. En los hechos, esto significa que todo ente es susceptible de intercambio. La génesis de este fenómeno debe buscarse, nuevamente, en el carácter abstracto que adquiere el objeto en el pensamiento económico. En sus términos, un objeto particular se define como el punto de convergencia de un conjunto de propiedades, como caso singular de un universal. Si esto es así, todos los entes, por principio, pueden compararse entre sí y con el universal que realizan. Se instala, por tanto, una jerarquía entre las cosas. Tal diferencia puede expresarse en un valor¹¹ y todo lo que vale se puede intercambiar: comparar, piensa Rousseau, es el primer paso para comerciar.

El propio tiempo no es ajeno a este fenómeno. Sobre este asunto, Heidegger comenta en un texto de los '60: "El mañana no es sólo la primera mañana que sigue a partir de hoy sino lo que ya impera en el transcurso del hoy".¹² Y agrega: la anticipación (*Vorgriff*), la aceleración (*Beschleunigung*) y la eficiencia (*Effizienz*) diluyen el presente en el

⁹ Cfr. *Ibidem*.

¹⁰ Según estimaciones del Banco Mundial, el tamaño del sistema financiero supera 3,7 el PBI mundial. Sin embargo, si se consideran las transacciones extrabursátiles -i.e. que son acuerdos entre privados- esta ratio asciende a 18,2. Los datos corresponden al año 2011. Cfr. *Ibidem*.

¹¹ Dotti, Jorge, "Filioque" en *La tiranía de los valores*, Buenos Aires, Hydra, 2009, p. 22.

¹² Heidegger, Martin, *700 Jahre Me kirch. Ansprache zu Heimatabend am 22. Juli 1961*, en *Gesamtausgabe 16. Reden und andere Zeugnisse eines Lebensweges (1910-1976)*, Frankfurt a.M., Vittorio Klostermann, 2000, p. 578.

futuro y lo vuelven inhabitable. La desaparición del presente y su subordinación al futuro es una consecuencia indirecta de la objetivación del tiempo en la planificación productiva: el trabajo supone un fin -el producto- y unos medios -ciertas actividades- que se organizan según el principio "de lo primero es lo primero".¹³

Para fabricar una mesa, debo dar orden a una serie de tareas (conseguir la materia prima, las herramientas adecuadas, hacer un plano, etc.), cada una de las cuales demanda un cierto "gasto" de tiempo. El trabajo, por una parte, fragmenta el tiempo y le asigna a cada unidad temporal una actividad según el plan de producción. Por otra, lo orienta hacia el futuro donde la labor encuentra consumación en el producto. Pero la cuantificación del tiempo no es en sí misma negativa en tanto responda a la eficiencia exigida por el trabajo. El problema, naturalmente, no radica en la cuantificación del tiempo sino en la absolutización de la representación.

En efecto, el cálculo económico separa el tiempo en segmentos homogéneos y les asigna una actividad; el tiempo, entonces, cuantificado como unidad de trabajo puede devenir objeto de intercambio y consumo. Pero la objetivación no termina allí pues las dimensiones temporales mismas pueden sucumbir a la mercantilización. En un movimiento de reversión sorprendente, el futuro, que no es para el cálculo económico más que presente proyectado, se vuelve sobre su fundamento vital y lo encubre: el mañana impera en el hoy, dice Heidegger. El presente pierde, con ello, su distensión. Ya no hay en él lugar para que retorne el pasado o el futuro se manifieste como novedad. El presente, como instante inextenso, se fuga permanentemente hacia un futuro por completo determinado. Los acontecimientos, entonces, se vuelven inexorables y sobre ellos cae el peso de la necesidad. Con la subordinación del tiempo a la representación productiva se consuma el devenir metafísico de la economía.

El ocultamiento económico del mundo de la vida inaugura una nueva neutralidad. El mercado, purificado de bloqueos artificiales que restrinjan o reorienten sus flujos según criterios antieconómicos, se comportará con máxima predictibilidad pues su operación está ordenado por leyes estables. La confianza que

¹³ Cfr. Schutz, Alfred, *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004, pp. 62-73.

persigue la razón económica, justamente, se basa en la repetición de un comportamiento que sólo atiende a principios abstractos e inmutables. Pero la neutralidad a la que apela el mercantilismo para imponerse como fundamento - “no es que nosotros queramos, es que no había alternativa”, “el ajuste era insoslayable”, “no hay otro camino”, etc.- no alcanza para ocultar que el mercado nunca puede ser neutro, pues, en sí mismo, no es más que una complejidad de intereses. Librados a su propia lógica, los agentes distribuirán los recursos conforme a su grado de potencia y capacidad de acción. Por esa razón, tarde o temprano, la libertad de mercado consume la paradoja de la acción que, con plena libertad, elige sus grilletes. Los agentes más potentes capturan los flujos y los reorientan según su propio interés, impidiendo, con ello, la incorporación de nuevos actores y condenando a los pequeños a plegarse o morir. La cartelización y la conformación de monopolios son bloqueos naturales a la lógica mercantil. Por ello, la liberalización irrestricta sólo podría aumentar la cantidad de bienes y contribuir con la distribución equitativa de los flujos en un mercado ideal, conformado por agentes dotados de idénticas capacidades e igual potencia de acción. Pero mientras la teoría económica proyecta en el futuro los beneficios virtuales de una libertad abstracta que se predica de agentes ideales, los perjuicios son presentes y concretos, al igual que los beneficiarios. Como es fácil de advertir el intercambio que pregona cambiar futuro por presente es, en esencia, injusto: se trata de volver admisible la concentración de los flujos en pocas manos, las más poderosas, en desmedro de los actores menos potentes. Para todos ellos está el futuro. Mientras tanto, deberán conformarse con la promesa de un porvenir venturoso y un presente de penurias.

Así las cosas, resulta patente que la mercantilización universal no se detendrá por efecto de un nuevo cálculo -no hay tal cosa como un cálculo antieconómico- de igual manera que el insomne no logrará dormir pensando en el tiempo que resta hasta la hora de levantarse. La tarea de desmontar las idealidades y subordinarlas nuevamente al mundo de la vida no será resultado de una planificación ni, mucho menos, de un reemplazo de los agentes económicos por otros diferentes, más comprometidos, por caso, con los valores de un humanismo de nuevo cuño. Suspender el cálculo no consiste en hacer lugar en la agenda para el esparcimiento, y aprovechar sin

pausa los beneficios del *all inclusive*. La acción buscada es, más bien, una renuncia a la acción o, mejor, una entrega desinteresada que ya no vea en el río su potencial energético, en el bosque, materiales para la construcción o en el otro, una cifra de placer. En un bello pasaje, Houellebecq escribe:

Lo que los occidentales ya no saben hacer es precisamente eso: ofrecer su cuerpo como objeto agradable, dar placer de manera gratuita. Han perdido por completo el sentido de la entrega. Por mucho que se esfuercen, no consiguen que el sexo sea algo *natural*. No sólo se avergüenzan de su propio cuerpo, que no está a la altura de las exigencias del porno, sino que, por los mismos motivos, no sienten la menor atracción hacia el cuerpo de los demás. Es imposible hacer el amor sin un cierto abandono, sin la aceptación, al menos temporal, de un cierto estado de dependencia y de debilidad. La exaltación sentimental y la obsesión sexual tienen el mismo origen, las dos proceden del olvido parcial de uno mismo; no es un terreno en el que podamos realizarnos sin perdernos. Nos hemos vuelto fríos, racionales, extremadamente conscientes de nuestra existencia individual y de nuestros derechos; para colmo estamos obsesionados con la salud y con la higiene: esas no son las condiciones ideales para hacer el amor.¹⁴

La gratuidad, la entrega y el abandono de sí se articulan sobre un desinterés esencial que permanece oscuro e incomprensible para la razón calculadora -no es casual, en este sentido, la concurrencia entre austeridad fiscal y conservadurismo moral. Porque si la economía es metafísica, ella también produce sujetos y sentidos que regulan los intercambios personales y los flujos de placer.¹⁵ Con todo, ninguna representación puede encubrir por completo el fundamento vital del cual emerge: siempre será necesario el alimento, el abrigo, el cobijo y el amor. La destrucción de las idealidades no debe buscar, por ello y en primer lugar, aventurarse a reemplazar la representación vigente por otra sin antes preguntar por el proceso genético del que toda representación obtiene su sentido.

¹⁴ Houellebecq, Michel, *Plataforma*, Barcelona, Anagrama, 2002, p. 216.

¹⁵ Deleuze y Guattari no han dejado de insistir sobre esto en *El Antiedipo. Capitalismo y Esquizofrenia* (Buenos Aires, Paidós, 2005).

La potencia de lo improductivo, cifrada en el desinterés por la acción o por un gasto que no busca retorno, redundando en su capacidad para interrumpir el circuito del intercambio económico.¹⁶ Sólo así el tiempo recuperará su distensión y, con ello, las condiciones para formular nuevamente la pregunta por la génesis del presente. La reflexión genética, por su parte, tiene una doble dirección. Por un lado, debe consagrarse a la tarea de establecer las circunstancias y el sentido vital que en el pasado motivaron la donación de sentido que, deformada por la sedimentación, aún sigue operando en el presente. Para ello, entonces, es preciso que el pasado regrese y, vuelto objeto de la interrogación presente, devuelva lo que hay de repetición y de novedad en el entramado de sentido actual. Por otro, la meditación genética debe dar cuenta de la producción de sentido que en el presente sostiene la representación económica del mundo. Pero una y otra dirección son inseparables pues expresan una misma idea-fuerza: allí donde impera un sentido es porque ha tenido lugar un acto de donación. Lo que busca, entonces, la indagación genética es poner a la luz la dimensión productiva, que el sentido cristalizado oculta y perpetúa bajo una representación pretendidamente objetiva y neutra, para volver a plantear la pregunta fundamental: ¿sigue la economía al servicio del hombre? Y si es el hombre quien la sirve, habrá que reconducirla hasta su fuente vital y reformular su sentido. La creación de lo nuevo traerá consigo un futuro abierto, sin otra determinación que la certeza de que lo mismo no pasará, esta vez, por la prueba de la repetición.

¹⁶ Cfr. Bataille, Georges, "La noción de gasto" en *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2003, pp. 110-134.